

¿Cooperación al desarrollo?

Ayuda al Desarrollo para tiempos de crisis

Carlos Gómez Gil y José Ramón González Parada

Con el título “¿Podemos seguir hablando de Ayuda al Desarrollo?”, la revista Esbozos publicó en su número 4 un artículo de José Ramón González Parada en el que se planteaba que el futuro de la ayuda iba a depender más de la inercia del sistema de la misma, que mueve importantes flujos económicos, que de políticas públicas interesadas en una real redistribución de la riqueza. El autor definía la ayuda como un instrumento al servicio del capitalismo global, que en la situación de crisis sistémica se orientaría hacia un modelo de regulación en la periferia. Al mismo tiempo, Carlos Gómez Gil viene trabajando sobre la crisis en la cooperación española, reflejado en varios artículos que analizan las deficiencias estructurales e históricas de nuestra política de cooperación, que han adquirido carta de naturaleza a raíz de las políticas de carácter neoliberal adoptadas por este Gobierno.

Ambos autores profundizan y debaten en el diálogo que sigue, algunas preguntas alimentadas a propósito de las reflexiones iniciadas por González Parada en su artículo.

¿Qué es y qué debe ser lo que llamamos ayuda?

Carlos Gómez Gil. Si algo ha demostrado la Ayuda Oficial al Desarrollo desde su puesta en marcha, y a lo largo de sus seis décadas de vigencia, ha sido que en modo alguno ha eliminado la pobreza y las desigualdades extremas en el mundo, que no han parado de crecer, siendo incapaz de evitar la muerte por hambre o desnutrición de grupos tan amplios de personas que produce vergüenza intentar su cuantificación. Pero también, que lo que habitualmente se entiende por ayuda, nada tiene que ver en términos generales con su finalidad, empleo e instrumentalización.

La AOD ha contado con un paradigmático axioma: cada acuerdo y compromiso que se firmaba, más la alejaba de los objetivos pactados, hasta el punto que ha acabado por ser una caricatura del acerbo de acuerdos multilaterales amontonados desde la identificación del manoseado 0,7%, en la década de los 70 del siglo pasado. Sin embargo, los países nórdicos, que llevan años tratando de hacer una ayuda que merezca este nombre y dedicando importantes recursos que superan incluso ese 0,7% mítico, evidencian que basta voluntad política y compromiso social para incorporar las políticas de ayuda como una expresión más de una solidaridad que sea el compromiso de todo un Estado. Con la particularidad de que estos países demuestran, además, que avanzar hacia sociedades más igualitarias, con potentes estados del bienestar no es en modo alguno incompatible con vigorosas políticas de ayuda internacional. Forma parte de la manera de entender la sociedad misma y el papel del Estado.

Desde sus orígenes mismos, lo que se entiende como ayuda no ha dejado de ser el aceite sobre el que ha avanzado el capitalismo a través de sus múltiples formas, instrumentos e intereses, construyendo y reconstruyendo mercados específicos para ello, espacios para la producción, la reproducción, la distribución, el intercambio y el consumo, en lugar de priorizar la erradicación del hambre, la pobreza extrema, el acceso a bienes públicos esenciales y los derechos humanos básicos. Frente al mercado no hay solidaridad posible porque el mercado impone siempre su lógica implacable y despiadada, sin que entienda de pobreza o necesidades extremas. Y la Ayuda, lejos de construir o fortalecer estructuras básicas de gobierno, las desmantela y las pone a su servicio.

Comentario de José Ramón González Parada. El mismo concepto de ayuda debe ser superado, limitando esta idea a la ayuda humanitaria y de emergencia, y en ciertos casos de subsistencia. Poner la política en el cuadro de mando de nuevas relaciones internacionales a cargo de aquellos actores que reivindiquen la solidaridad internacional supondrá resituar las acciones de cooperación en un marco que supere la idea de ayuda al desarrollo; pues ya vimos que la práctica política de los últimos años, incluso decenios, ha manipulado tanto la idea de “ayuda al desarrollo” que la ha dejado, por así decir, inservible. No sólo es inservible la idea subsidiaria de ayuda, sino la principal de desarrollo, y esto es lo que ha dejado bien claro la crisis. Nos abocamos al final del modelo energético que sustenta esta civilización, lo que nos acerca a una convulsión profunda en la esfera misma de la economía política, con características de crisis civilizatoria.

La impresión que transmiten todos los actores de la ayuda al desarrollo, desde las instituciones internacionales hasta las ONG es que aquí no ha pasado nada, que los problemas de financiación son pasajeros y producto de la tacañería de los donantes. Y que si se iba contabilizando un lento crecimiento hacia al 0,7, ahora hay que reiniciar la cuenta desde una base un poco más baja, pero siempre desde la misma lógica: que los donantes no quieren, no pueden, no saben. Un no querer, no poder, no saber, que sería superado por la sociedad civil a través del lobby, la presión, el conocimiento y la técnica. La vieja idea de solidaridad no logró zafarse del prejuicio jerárquico, solidaridad de arriba hacia abajo, de los que tienen (o creen que tienen) algo que ofrecer, hacia los que carecen de todo. La solidaridad es horizontal, o no es. La solidaridad que hay que reclamar es la conjunción de la ética y de la política, ética de la resistencia y política revolucionaria. Apoyo a los que resisten, resistiendo con ellos; exigencia de transformaciones sociales profundas, con propuestas políticas aquí y allí, con dimensión global y compromiso a escala país. Dibujando nuevos paisajes sociales, políticos y culturales, desde la relación de proximidad a las políticas estatales.

Poner la política en el centro de la cooperación supone revisar las posiciones de la cooperación en torno a países concretos: en Latinoamérica, Ecuador,

Bolivia, Paraguay entre los más significativos. En el mundo árabe Túnez, Egipto, Marruecos, las demandas saharauis y las que vengan. En los sectores, el problema del agua, la soberanía alimentaria y los derechos humanos, entre los más relevantes. Para empezar, convendría un ejercicio de evaluación radical de los resultados de tantos años de presencia de la ayuda al desarrollo.

¿Es correcto pensar que la crisis sistémica actual ha llevado a la AOD a una situación de crisis, o ésta se encontraba ya inmersa en ella, apareciendo sus facetas transmutadas, maquilladas y ocultas?

Carlos Gómez Gil. No es cierto que la crisis global sea quien conduce a la Ayuda a una situación de riesgo o dificultad, sino que desde hace años, los donantes han venido erosionándola de forma deliberada hasta cuestionar su papel y funciones esenciales. La crisis sistémica ha facilitado la adopción de decisiones políticas públicas que con anterioridad, no eran explícitas, pero que ahora encuentran plena justificación. Incumplir acuerdos y compromisos mundiales en materia de ayuda, negar aportaciones esenciales, desviar grandes recursos a fines económicos, comerciales y empresariales, ocultar información y datos, maquillar cifras, alejar el conocimiento de la ayuda y su papel real a la sociedad son decisiones políticas deliberadas de muchos donantes que, mientras han venido proclamando solemnemente el cumplimiento de acuerdos como los tan cacareados Objetivos del Milenio, sin embargo, han venido actuando de espaldas a los mismos y desconociendo en profundidad su significado.

La ayuda estaba siendo cuestionada por quienes debía velar por su aplicación, razones por las que periódicamente se inventan acuerdos y compromisos solemnes que rebajan compromisos anteriores.

Comentario de José Ramón González Parada. Pero la situación actual que pone de relieve la crisis estructural y persistente de la ayuda mina el discurso legitimador de la misma. ¿Cómo van a seguir defendiendo el paternalismo de la ayuda cuando el sistema financiero arruina a la población de los países donantes y atenta al sistema de seguridad que se sostenía en el llamado Estado de Bienestar? Las facetas ocultas de la crisis salen ahora a la luz, de forma que posiblemente estemos ante una incipiente crisis de identidad y de legitimidad de las ONG.

¿Cuáles han sido los factores que en mayor medida han llevado a la AOD al lugar en el que actualmente se encuentra?

Carlos Gómez Gil. Las políticas de ayuda han venido siendo devaluadas a conciencia, cuestionadas en su funcionalidad y utilizadas para cuestiones alejadas de lo que todos entendemos por ayuda. A pesar de lo cual, se han configurado dos grupos de países o donantes, uno formado por países nórdicos que intentan incorporar estas políticas como una forma de entender sus relaciones y compromisos globales, y otros que siguen utilizando estas prácticas para cuestiones

ajenas a las mismas, incumpliendo compromisos y ocultando aspectos esenciales sobre sus prácticas.

Comentario de José Ramón González Parada. Quizá se trate más bien de dos estrategias distintas, la una dominante tributaria del Consenso de Washington, y otra de corte keynesiano que concibe otra forma de equilibrio mundial fuera de la esfera pura y dura del neoliberalismo. En todo caso la cooperación de los países nórdicos en los años recientes merece un estudio más detenido.

¿La Ayuda, ayuda?

Carlos Gómez Gil. Desde una dimensión macro, salvo la ayuda humanitaria y de emergencia (que requeriría de otros análisis) y por paradójico que pueda parecer, la ayuda al desarrollo no está alcanzando este objetivo. Los elementos que están contribuyendo al desarrollo humano y social no fluyen sobre las ayudas que los donantes conceden a los receptores, sino que vienen articulándose desde hace décadas en torno a otras variables económicas globales. Nadie, en su sano juicio, sería capaz de sostener, por poner un ejemplo, que el desarrollo de China se ha debido a los recursos de la ayuda que este país ha recibido en las últimas décadas, sino que, por el contrario, una parte sustancial de las mismas ha servido para la penetración de grandes empresas e inversiones, fortaleciendo a las empresas inversoras y al propio Gobierno chino y sus dirigentes.

Así las cosas, si tenemos en cuenta que grandes corrientes de ayuda se canalizan a través de instrumentos comerciales y empresariales, muchos de ellos con carácter crediticio (aunque sea concesional), sin olvidar los recursos destinados a mantener presencia geoestratégica de los donantes (en muchos casos excolonias), junto al mantenimiento de estructuras técnicas y profesionales de países occidentales en los países empobrecidos, nos encontramos con que el primer beneficiario de la ayuda es quien proporciona esta ayuda.

Una parte importante de los avances que en materia de desarrollo humano y social han experimentado algunos países del Sur provienen de elementos ajenos a las políticas de ayuda al desarrollo como tales. Así, las fabulosas cifras de remesas que en los últimos años han enviado los inmigrantes a sus países de origen se han convertido en un factor de desarrollo de primer orden, al emplearse en buena medida en satisfacer necesidades básicas y reforzar la alimentación, la educación, la sanidad o el alojamiento. Incluso algunos tímidos avances que estos países han experimentado en materia de acceso de sus productos a los mercados occidentales influye directamente en la mejora de las condiciones de vida de poblaciones pobres en mayor medida que muchos otros sofisticados programas de desarrollo.

Comentario de José Ramón González Parada. Y sin embargo debemos preguntarnos si todavía caben políticas de apoyo que pudiéramos seguir denominando ayuda

al desarrollo, o si se prefiere le cambiamos el nombre. Se trataría de acciones que no cabrían en el consenso mundial de mínimos, pero que deberían ser la estrategia de cooperación internacional de una izquierda coherente, cuando accede a la gestión de fondos de cooperación. Hay procesos de los que hay que aprender y a la vez apoyar. La cooperación con países con procesos de cambio y gobiernos progresistas en América Latina debería ser objeto de especial atención por parte de algunos donantes y ONG; y algo similar deberá hacerse en el Magreb. Habría que demostrar que es posible desde la izquierda establecer líneas de apoyo técnico, social y financiero a ciertos procesos, y que tales líneas de apoyo son coherentes y consecuentes con políticas de respuesta global. Demostrar lo contrario es imposible, pero demostrar que es posible seguramente no cabe en un ejercicio teórico, sino que será consecuencia de prácticas políticas distintas de las dominantes. Abogo por comenzar por renunciar al nombre de “ayuda al desarrollo”, y volver sobre contenidos más adecuados tales como “compromiso con la emancipación”, o los más poéticos pero no menos significativos como “compromiso con otro mundo posible”. Hay que desengancharse de los términos “ayuda” y “desarrollo” y desengancharse a la vez de las dosis de alucinógenos que llevan dentro.

¿Qué va a cambiar la crisis global en el sistema de ayuda?

Carlos Gómez Gil. Los gobiernos, organismos multilaterales y el capital mismo están demostrando que ya no tienen que hacer concesiones a la sociedad para asegurar que la lógica neoliberal se imponga en todos sus extremos de forma inequívoca, y ello también se está produciendo en el sistema de ayuda. Los residuos de solidaridad, justicia, corrección e incluso compromiso con los acuerdos mundiales están desdibujándose con fuerza para dejar paso a los intereses económicos de todo tipo disfrazados de desarrollo. Dos son los elementos que confirman esta tendencia: por un lado, el deliberado incumplimiento de los escasos acuerdos mundiales, ya de por sí adelgazados, que la comunidad internacional se había marcado en materia de desarrollo internacional, siendo los Objetivos del Milenio el exponente más vergonzante de todo ello; y por otro, el hecho de que en todos los niveles, instrumentos y dispositivos de ayuda han entrado con renovada fuerza elementos y componentes duros del capitalismo, ya sea en la ayuda humanitaria, en la cooperación descentralizada, en las propios ONG y por supuesto, en un renovado uso del crédito como instrumento envenenado de promoción comercial e inversora. Y lo más llamativo es que todo ello se ve con naturalidad por las ONG, que lo entienden como un elemento evolutivo en la lógica de nuestra sociedad.

Un ejemplo de lo que decimos es el renovado ascenso de instrumentos comerciales de carácter concesional, creados en la década de los 70 del siglo pasado, en plena crisis del petróleo, que se creían mortecinos y caducos, pero que sin embargo han reaparecido con otros nombres pero con inusitada fuerza, llegando incluso a contemplar la posibilidad de dedicar importantes recursos de

la AOD a la financiación de instrumentos financieros opacos radicados en paraísos fiscales. Esto es lo que ha sucedido, por ejemplo, en España con el Fonprode, el reciente sucesor de los periclitados créditos FAD, que han sido acogidos con apoyo por parte de las ONG y expertos del Consejo de Cooperación, a pesar de contemplar en el artículo 2, apartado e) dedicar recursos a “*Concesión, en su caso, de créditos, préstamos y líneas de financiación en términos concesionales, incluidos aportes a programas de microfinanzas y de apoyo al tejido social productivo, así como la adquisición temporal de participaciones directas o indirectas de capital o cuasi capital en instituciones financieras o vehículos de inversión financieras (fondos de fondos, fondos de capital riesgo, fondos de capital privado o fondos de capital semilla)...*” ¿Cómo se puede seguir autorizando meter dinero que supuestamente se dirige a la ayuda al desarrollo para adquirir acciones de cuasi capital, sin que nadie diga nada, ni desde la academia ni desde las ONG? Pero es que el capital, o lo es o no lo es, no puede “cuasi serlo”, demostrando hasta qué punto se abren rendijas para financiar lo que no puede ser financiable.

Comentario de José Ramón González Parada. El ejemplo propuesto anuncia ya que el discurso oficial de la ayuda comienza a cambiar, para adaptarlo a la realidad de las nuevas políticas que actualizan la subordinación de la ayuda a las demandas de los mercaderes. Lo llamativo no es el inicio del cambio en el lenguaje, sino las tragaderas de los “expertos”, sean estos Agamenón o su porquero.

¿Por qué hablamos de ayuda cuando queremos decir justicia social?

Carlos Gómez Gil. Por una razón muy sencilla. Dejar que sea el mercado quien marque las bases sobre las que discurre la ayuda es poner ésta a su servicio, y por tanto, eliminar todo atisbo de justicia social, de empatía con los que sufren, de rebeldía contra las injusticias, de priorizar la política como elemento corrector frente a la filantropía o la caridad limosnera. Por ello, cada vez importan menos las personas que son sustituidas por las cifras aparentemente asépticas, que pueden retorcerse caprichosamente para demostrar una cosa y la contraria. La ayuda ha dejado de ser tal, para convertirse en un espacio y un territorio sometido a las fuerzas del mercado, a los intereses del capital y a la lógica neoliberal que ha acabado por fagocitar el lenguaje, los instrumentos y hasta buena parte de las organizaciones que intervienen en la misma, poniéndolas a su servicio.

Comentario de José Ramón González Parada. Por ello la desvinculación de las políticas de ayuda supone ya la necesaria desvinculación con su lenguaje.

¿Por dónde discurre España?

Carlos Gómez Gil. España suma incompetencias y abandonos a una crisis devastadora, en lo económico, lo político y lo social, donde la ayuda está ocu-

pando un papel absolutamente marginal. Hay un desconcierto histórico, una pérdida de rumbo, un marasmo generalizado que se ha tratado de suplir con anuncios grandilocuentes y publicitarios, sin que se haya aprovechado la época de vacas gordas para sedimentar aspectos básicos y esenciales de sus sistemas de ayuda: el personal jamás ha estado en condiciones tan precarias; instituciones básicas han sido privatizadas; el oscurantismo y la opacidad han tratado de ocultarse detrás de cifras insustanciales sin el menor análisis; los informes y evaluaciones son tan grandilocuentes como ineficaces; la penetración de empresas e intereses empresariales ha alcanzado niveles insospechados; la falta de concierto institucional ha llevado a que cada institución haga lo que buena-mente puede o considera conveniente aunque sea contradictorio; cualquier atisbo de crítica para exigir su revisión o mejora ha sido laminado; al tiempo que se suceden los incumplimientos, las desinformaciones y los oscurantismos en todos los niveles de la gestión de la ayuda al desarrollo.

Así las cosas, el panorama que se está configurando en la cooperación española con motivo de la crisis no puede ser más sombrío: institucionalmente hay un derrumbe por no decir un desguace; los recortes son de mucha mayor cuantía de los anunciados solemnemente por el propio Presidente del Gobierno; la rendición de cuentas se ha reducido a una caricatura con tintes grotescos; el interés empresarial y geoestratégico está llevando a un perfil de ayuda similar a los años negros de las década de los 90; la ausencia de transparencia, publicidad y equidad es clamorosa en todos sus niveles; la cooptación de personas y organizaciones dóciles y cómplices con las políticas llevadas a cabo está produciendo un proceso de selección deliberado en el que se abren paso los de siempre; mientras en la cooperación descentralizada reina la confusión y el desguace de muchos de los avances y compromisos trabajados con esfuerzo en las últimas décadas. La cooperación española carece de relato, de crédito y coherencia, sin saber bien hacia dónde se dirige. Si como decía Hannah Arendt, todo proceso político tiene un objetivo, un fin y un sentido, nuestra política de ayuda carece en estos momentos de todo ello.

Comentario de José Ramón González Parada. Nada más que decir, porque cualquier comentario serviría para diluir la contundencia de estas apreciaciones.

¿Por qué se habla tan poco de política en la ayuda al desarrollo?

Carlos Gómez Gil. De forma muy interesada, en España se ha hablado mucho de los dineros de la ayuda pero muy poco de las políticas de ayuda. Ello no ha sido algo casual, sino que es el resultado de querer despolitizar las políticas de ayuda en línea con la despolitización misma de la democracia y su alejamiento de la sociedad, para encerrarla en un círculo de profesionales de la política y para la política.

La ayuda se ha prestado a reducirla a una simple caricatura de buenos sentimientos y dinero, para evitar así entrar en responsabilidades, causas y conse-

cuencias de tantas injusticias y decisiones que están en la base de procesos tan devastadores como los que alimentan el empobrecimiento en numerosos países. Con ello se ha tratado de vaciar su capacidad de contestación apelando a un falso apoliticismo, al que no pocas ONG se han prestado como eficaces propagandistas de la causa.

De esta forma, las decisiones sobre la forma, la intensidad y los procesos en las estrategias de ayuda y cooperación aparecen como irrefutables y fuera de toda crítica, salvo en lo que se refiere a su medición numérica y cuantitativa en línea con los presupuestos aplicados a todo ello. Así, una mejor ayuda se corresponderá con mayores recursos, pero no con la forma y efectividad en cómo se aplica, ni siquiera con la decencia o indecencia en su gasto y cómo se accede a ello, de forma que el máximo paroxismo en las políticas de ayuda se alcanzaría al culminar ese mítico 0,7%, que a estas alturas no se sabe bien ni qué mide, ni qué contiene ni qué significa. La caricatura de este proceso es haber conseguido reducir las políticas de solidaridad internacional a un retrato presidido por las subvenciones, convocatorias, apadrinamientos y campañas de recaudación. El relato lo dan las cifras, no las circunstancias, el dinero en lugar de la forma en que se emplea, los presupuestos en lugar de las transformaciones originadas.

Con ello, se ha aumentado el desconcierto sobre un presente tan complejo ante una ciudadanía alejada de respuestas, a la que se acude sólo cuando hay que apelar a sus bolsillos a base de mensajes lastimeros, imágenes impactantes y cuñas publicitarias dirigidas a que afloje el bolsillo. Es el triunfo de una democracia domesticada, presidida por la subvención, el dinero y el simplismo, también en las políticas de ayuda y solidaridad.

Comentario de José Ramón González Parada. La Ayuda Oficial al Desarrollo en el período de auge económico se redujo al papel de sirvienta de la economía global; su función básica fue la de servir de colchón del ajuste; aliviar la pobreza de los damnificados por las políticas ultraliberales, servir de puente para la inclusión de algunos sectores económicos en la economía global o ser la tapadera de operaciones de control político y económico a gran escala, operaciones militares incluidas. Pero también la Ayuda ofrecía un inestimable servicio para la legitimación del sistema. Contra toda evidencia empírica el paradigma del desarrollo mantenía la creencia en que el crecimiento sin límites ofrecido por el desarrollo tecnológico dejaba abierta la esperanza a una mejor redistribución futura. Una creencia alimentada por todos los responsables de las políticas de cooperación, y compartida por la opinión pública de los países ricos.

Es difícil entonces vincular el debate político a los múltiples debates y controversias técnicas y procedimentales, pues el debate político –el que nos interesa– se vincula con la crítica del desarrollo, del crecimiento ilimitado, del neoliberalismo. Y aquí es donde hace aguas la política en referen-

cia la Ayuda, pues ella no es más que una convidada de piedra del poder. Estos axiomas son reflejo y a la vez justificación de una equívoca inteligencia emocional solidaria.

El desconcierto de la ciudadanía tiene algo que ver con esto, pues intuitivamente se aprecia lo inexplicable que resulta el fracaso de la Ayuda; y tiene que ver también con el desinterés de alguna izquierda en el análisis de la ayuda. Estamos en época de cambios, más que nunca hoy la Ayuda debe ser políticamente debatida, incluidas sus técnicas, metodologías y procedimientos.

¿Deberían existir diferencias entre las políticas de solidaridad de izquierdas y de derechas?

Carlos Gómez Gil. Hoy por hoy, más allá de las cifras, la diferencia entre una política de cooperación de derechas y de izquierdas no es significativa en la medida en que la izquierda no ha repensado nada, apostando por valores propios de la derecha, como el crecimiento, pero no por la redistribución y la eliminación de la desigualdad. El deseo de presentar a las políticas de cooperación como una política de Estado irrefutable, ajena a la discusión política, es el resultado de vaciarlas de posibles miradas políticas y con ello, de críticas. Pero es la trampa que la izquierda ha desplegado para justificar un progresivo vaciamiento político en la ayuda al desarrollo, que se nos presenta como un espacio alejado de la política, y por tanto de la ideología, como resultado de opciones y estrategias con un fin concreto. Sin embargo, todo ello, que coincide con lo que este gobierno ha ido haciendo en otros muchos ámbitos, la consecuencia directa de carecer de ideología, sustituyendo la política por la inevitabilidad en la decisión.

Las políticas de cooperación y ayuda han tratado de vivir ajenas a su pasado y sin tomar conciencia con un futuro cambiante, para lo cual es necesario alejarlas de cualquier intento de análisis político. La ayuda al desarrollo se nos presenta así como un instrumento más de decisiones que se presentan como inexorables, fruto de leyes y decisiones contra las que no se puede luchar y a las que hay que apoyar, para estar en gracia con los mercados, con las grandes instituciones multilaterales, con los grandes líderes mundiales, y por supuesto, con las decisiones económicas triunfantes. Se está tratando con ello de sustituir la solidaridad social por responsabilidad individual, dejando a las personas expuestas a la voracidad de las fuerzas de unos mercados que los Estados ni controlan ni quieren regular.

Comentario de José Ramón González Parada. Si consideramos que la socialdemocracia ya no forma parte de la izquierda (aunque esto no incluye a todos los socialdemócratas, sino a sus partidos) engullida en el agujero negro del sistema político internacional que sostiene los Estados donde aquella campa o acampa, aquí y ahora estamos hablando de IU, de las izquierdas nacionalistas, de las corrientes por ahora extraparlamentarias, del sustrato anarquista y de los movimientos sociales.

Y si de entre estos interesan los que han gestionado fondos de ayuda, estamos hablando de muy pocos; si consideramos también el refugio de las ONG, entonces hay algunos más. Estos distingos son oportunos porque en la izquierda se han dado, se dan, unas posiciones muy desiguales y desbalanceadas en relación a la Ayuda al Desarrollo; desde los que no han querido saber nada, y liquidaron la cuestión con una receta caducada, a los que se conformaron con administrar la ayuda “mejor” que la derecha. Hay muchos matices que no vienen al caso. Pero se atisban al final de este período algunos planteamientos interesantes; un alto responsable de la cooperación de un Gobierno Autónomo señaló y lo dejó publicado que *“si en las reflexiones y discursos sobre la cooperación y desarrollo no hay lugar para la crítica a los gobiernos que se dedican a salvar a los bancos con donaciones billonarias que ninguna cooperación ni plan de emergencia humanitaria haya conocido nunca, deberíamos cuando menos desterrar los Objetivos del Milenio del imaginario de la lucha contra la pobreza”*.

Carlos Gómez Gil es sociólogo, Profesor en el Departamento de Análisis Económico Aplicado de la UA y Director del Máster Interuniversitario en Cooperación al Desarrollo de esta universidad. (cgomezgil@ua.es)

José Ramón González Parada es sociólogo. Director de la revista Esbozos, miembro de RIOS (Red de Investigadores y Observatorio para la Solidaridad), ha trabajado como consultor independiente para diversas instituciones nacionales e internacionales en Centroamérica, América del Sur y África (ggp.joserra@gmail.com)

N.B. Los autores, en modo alguno pretenden agotar con este diálogo la naturaleza de los temas que, en su opinión, deben ser sometidos a discusión, sino al contrario, empezar a alimentar un necesario debate crítico que someta a una profunda revisión los cimientos y paradigmas sobre los que se han construido buena parte de las políticas y prácticas de la cooperación y ayuda que se han impuesto, aceptados como dogmas incuestionables. La necesaria mejora en la ayuda al desarrollo no es, ni mucho menos, una simple cuestión presupuestaria, sino que pasa por repensar sus cimientos conceptuales y estructurales, algo en lo que se debe buscar una amplia implicación social que la saque de los espacios que la tienen sometida a una inquietante resignación, generando aparentes verdades que no soportan el mínimo análisis empírico.